

SOY UN BRONTOSAURIO

Manual para sobrevivir al presente

PEDRO HERRERO
EL ARTIVISTA



SOY UN BRONTOSAURIO

Manual para sobrevivir al presente

PEDRO HERRERO
EL ARTIVISTA

ILUSTRADO POR
DEL HAMBRE


LUNWERG
EDITORES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto, Pedro Herrero, 2026

@clartivista_pedroherrero

© de las ilustraciones, Del Hambre, 2026

@soy_del_hambre

© Editorial Planeta, S.A., 2026

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid

lunwerk@lunwerk.com

www.lunwerk.com

www.instagram.com/lunwerk

www.x.com/Lunwerglibros

www.facebook.com/lunwerk

Diseño y maquetación: Lunwerk, 2026

Primera edición: marzo, 2026

Depósito legal: B. 22.410-2025

ISBN: 979-13-87761-64-6

Printed in Spain – Impreso en España



Índice

0. Intro. Soy un brontosaurio	11
1. Cómo sobreviví a mi propia infancia	17
El móvil, 26	
2. Adolescencia. El despertar de la bestia	29
Las bragas de mi vecina, 46	
3. En mis tiempos no había manual de instrucciones	49
Urgencias, 58	
4. Por qué desciende el nivel de natalidad en España y otras minucias médicas	61
Ciudadano ejemplar, 71	
5. Mi normalidad ya no es la norma (como la vida misma) ...	73
Chute de dopamina, 84	
6. Escenas incómodas de ir tirando	87
Lo nuestro, 97	
7. Todos somos cuñados, gente de andar por casa e incluso felices	103
Iba a decirle, 113	
8. <i>Bulo news</i>. Noticias falsas que podrían no serlo	115
Mi bondad de corazón, 126	
9. Reflexiones de chichinabo	129
Dime que me estoy buscando, 137	
10. Te estás haciendo mayor y lo sabes	139
Epílogo. Cómo terminar un libro de cosas graciosas con un mensaje constructivo que llegue al corazoncito del lector, aunque sin parecer demasiado ñoño ni pretencioso	155

0

INTRO.
SOY UN
BRONTOSAURIO

Ha vuelto a ocurrir. El espejo ha tenido la desvergüenza de mostrarme el reflejo de lo que soy en paños menores sin preguntarme antes. Yo me defiendo desperezándome frente al lavabo mientras intento relativizar el impacto de una barriga que se va tomando la justicia por su mano. Inspiro con fuerza, llenando los pulmones lo suficiente para compensar las diferencias de relieve entre pecho y barriga, y luego memorizo esos tres segundos en que observo de nuevo mi reflejo aguantando la respiración. Visto así, tampoco es para tanto. La autoindulgencia es el privilegio de los cobardes.

Me asaltan pensamientos extraños. De pronto pienso seriamente en ducharme con los calcetines ya puestos, porque después, con el pie humedecido, es como ponerle un jersey a una rana. Sobre todo, los finitos. Creo que, llegados a cierta edad, uno no se pone calcetines, se los inserta, profiriendo quejidos ridículos, de pie, con la pierna en tensión, como un levantador de piedras de plástico o algo así. Y yo me sentaría, pero el banquito del baño tiene una pila de ropa amontonada casi desde el mismo día que salió del Ikea, como un decorado permanente del que nadie se hace cargo, porque así funciona el mundo: seis albornoces, rizadores de pelo en un equilibrio imposible, un fontanero echando la siesta... Cabe de todo. Es como magma petrificado al que se le puede adherir cualquier cosa. Le pones ojos y se hace un *remake* de los *Gremlins*.

También quiso el mundo que hubiera catorce botes vacíos en la ducha, que por algún raro misterio nadie se atreve a tirar y que repasas uno a uno a tientas, bajo el chorro, hasta dar con el lleno. Por no hablar de las doce cremas diferentes del lavabo que no sé lo que son, porque están en francés y voy sin gafas. Un día me cepillé los dientes con crema depilatoria. Será por eso por lo que dicen aquello de que no tengo pelos en la lengua.

Sé que antes que yo pasó por aquí mi hija adolescente porque de las dieciséis toallas de la casa, quince están mojadas. La única que queda seca es en realidad un tapiz decorativo tailandés, pegoteado a modo de mandala en la pared, tapando el tremendo agujero del cuadro que quisimos colgar al llegar, clavando directamente una alcayata sobre la baldosa. Ese fui yo.

Por fin termino de vestirme, sorteo las toallas del suelo, en las que se podría sembrar arroz, y agarro el manojito de llaves de las que solo utilizo tres, aunque llevo otras diecisiete en el llavero, no vaya a ser que tenga doce casas más y no lo sepa aún.

Saludo a una chica que entra en el portal. No me contesta. Cruza con gesto imperturbable con grandes auriculares colonizando sus orejas. No solo no me oye, sino que ni tan siquiera me ve; no porque no sepa que estoy, sino porque carezco del mínimo interés visual. No apporto nada a su circunstancia vital inmediata. En su mundo debo ser como parte del atrezo de un videojuego, una especie de sujetapuertas biónico que balbucea saludos en baja resolución. Seguro que me ve pixelado. Para ella soy una rareza de *Matrix*, una anomalía que posiblemente se elimine en las nuevas versiones.

Ya en la calle, un patinete eléctrico me plancha la chaqueta a su paso a ritmo de reguetón. Su portador lleva un enorme baúl a la espalda del que saca frente al portal un envase de cartón que desprende aroma a curri con naranja. También lo saludo. Pero no me oye. El altavocito circular que pende del manillar no permite más escucha en tres metros a la redonda.

Otra joven baja a la calle con un manojito de perros en cada mano. Me olisquean al pasar como un objeto extraño, el tiempo justo de sentir el tirón en el cuello de su paseante humano que, aun así, puede ir mirando el móvil con la misma mano con que sujeta tres perros. Uno de ellos es un chucho minúsculo de ojos saltones y alma de ratón, todo lo orondo que le permite su extralimitado perímetro, enfundado en una suerte de calcetín fucsia de cuello vuelto, y que, a riesgo de desnucarse, me mira curioso. Parece que va diciendo: «Tú tampoco entiendes nada, ¿verdad?». Percibo cierta solidaridad en esa mirada canina. Le sonrío, pero me gruñe. La chica sigue absorta en el móvil.

A medida que camino, me empieza a invadir un estupor gratuito. Tengo la sensación de que todo el mundo tiene un plan, menos yo. Incluso llego a pensar que en realidad nadie me ve. De pronto me miro los brazos y noto cómo me van saliendo escamas, se me alarga el cuello y me crecen enormes patas que me elevan por encima de las cabezas de

todo el mundo, pero nadie más que yo parece reparar en ello. Me miro frente al espejo de un escaparate, y lo constato con mis propios ojos. Ha vuelto a ocurrir. Me he convertido en un brontosaurio. Lo veía venir.

Sí. Un día más vuelvo a ser un milagroso superviviente al que no le alcanzó el meteorito y que hibernó durante siglos hasta despertar en el día de hoy. Creo que estoy fuera de tiempo y lugar. En un abrir y cerrar de décadas me he quedado descatalogado y en las antípodas del *mainstream*. Sé que si volviera a aceptar las cosas tal y como vienen sería otra vez un humano más y punto, pero mi cabeza se empeña en boicotearme el acceso a este paraíso en la tierra que me brindan los nuevos tiempos. Y también sé que a este primoroso jardín de las delicias se le está agotando la paciencia conmigo y pretende repudiarme por inadaptado crónico, y que está a un paso de estamparme el sello de «Obsoleto» en mitad de la frente.

Y sé que me estoy complicando inútilmente. Todo es mucho más sencillo. Quizá demasiado. De hecho, hoy en día todo es tan fácil que resulta absurdo, como si alguien supiera de antemano siempre lo que quieres y necesitas y te lo pusiera en la mano a cada minuto. En un instante puedes pedir una pizza, conseguir una cita, alquilar un acelerador de partículas, lo que haga falta.

Puedo pedir un taxi y saber al momento marca, modelo, matrícula, ubicación permanente, nombre del taxista, horóscopo, si es del Barcelona o del Madrid... Eso es fácil. Lo difícil es dejar de necesitar ese taxi, porque no te da la vida para llegar a tus otros cuatro trabajos con los que poder pagar, entre otro millón de cosas más, un taxi que te lleve de un lado a otro, mientras te atragantas con la pizza porque no te da tiempo a comer.

A riesgo de ponerme estupendo, mi sensación es que, a cada paso que doy, algo trata de optimizarme, de hacerme más eficaz, más conectado. Una pantalla de cristal líquido me separa de cualquier necesidad. Una nueva app, un nuevo sistema, un nuevo silogismo, un nuevo lenguaje. Ah, y todo lo hago yo, porque así se requiere para alcanzar la auténtica eficiencia que lo invade todo. La eficacia es la madre de todas las virtudes. Si tardas medio segundo más en hacer lo mismo que cualquiera, te quedas fuera. ¿De dónde? Pues ya se irá viendo.

Mientras tanto, ahora soy mi propio cajero en el supermercado, mi propio banquero en el banco, mi propio camarero en el restaurante, mi propio psicólogo en las redes o mi propio gurú virtual.

También he descubierto, como obsoleto avanzado, que pararse en mitad de la ciudad está mal visto. En la gran urbe se espera que siempre te estés dirigiendo a algún lado. Si te paras, estás perdido, a no ser que estés jubilado, vivas en la calle encima de un cartón o seas un turista.

Al turista en Madrid se le distingue rápido porque va despacio. Suele ser una persona de natural amable, de andares paquidérmicos, a la que hay que ir sorteando por las calles más céntricas. Y capaz de combinar cualquier tipo de prenda de vestir sin el menor sonrojo (ahí me dan cierta envidia). ¿Chubasquero con chancas? No hay problema. A algunos turistas parece que los han tirado desde lo alto de un patio interior repleto de tendederos y con lo que se les ha ido quedando puesto en la caída... pues con eso han salido a la calle.

Luego están las temibles «ristras» turísticas, capitaneadas por un guía con un paraguas levantado en el aire, siempre cerrado (incluso si llueve). Son grupos de hasta cien personas que caminan cual manada de búfalos, sujetando por delante con ambas manos la mochila. Es un enjambre impenetrable que no estará dispuesto a romper la formación con facilidad. Detienen el tráfico en los pasos de cebra, como ñus cruzando el delta del Okavango, en la gran migración, o feligreses de la orden del paraguas alzado, que siguen impenitentes hasta el siguiente museo.

Por lo demás, como obsoleto declarado, tengo miedo de convertirme en un animal políticamente incorrecto que habla de cosas que nadie escucha. Tecnológicamente atrasado, nostálgico de un tiempo no tan lejano en el que nos íbamos mirando a los ojos por la calle, charlábamos en las aceras, silbábamos por las calles y nadie sabía dónde estabas si no habías dicho tú a dónde ibas.

Me inquieta saber que no utilizo el lenguaje adecuado, que cualquier exceso semántico se puede volver en mi contra en un abrir y cerrar de WhatsApp, que quizá al abrir la boca pueda estar ofendiendo a algún colectivo o, lo que es peor, no ofendiendo a ninguno y terminar condenado a la irrelevancia. También me aterra no tener suficiente miedo. A lo que sea o a lo que me digan, que viene a ser lo mismo. Pura distopía.

1

**CÓMO
SOBREVIVÍ
a mi PROPIA
iNFaNCia**



Uy, ¿tenía que volver a casa a las 6 de la tarde o de la mañana?

«No sé cómo nosotros salimos vivos» es algo que solemos decir los *boomers* de hoy mientras observamos los parques infantiles acolchados actuales, con columpios de plástico redondeado y cinturón de seguridad en que se columpian las nuevas generaciones como quien acuna un candelabro de cristal de Bohemia.

En mis tiempos, esa mecedora de plástico venía a ser una tabla de metal roñoso sujeta con cadenas a unos ejes que sonaban en cada vaivén como la verja de un campo de concentración. Me refiero a esos columpios del norte, rigurosamente contruidos sobre charcos eternos que jamás se secaron y de donde se sospecha que salieron los primeros anfibios del Paleozoico, con unos resortes nunca engrasados, de chirrido permanente, donde podías columpiarte a todo lo que te daba el impulso hasta alcanzar el plano invertido, e incluso (y esto lo vi con mis propios ojos) la vuelta completa.

Los verdaderos intrépidos saltábamos desde el columpio en pleno impulso, hacia la aventura del vacío, compitiendo entre nosotros por ver quién caía lo más lejos posible, a pesar del raspón que seguro sabías que te llevarías, pero que quedaba completamente amortizado con la emoción del salto.

Y es que, al caer sobre el cemento, más importante que el propio dolor de la caída era no haber roto el pantalón y, en caso de sangrar copiosamente, no mancharlo, ir a la fuente más cercana y ponerlo bajo el chorro hasta que se cortase la hemorragia. Y es que volver a casa magullado era sinónimo de castigo seguro, de modo que había que mantener las apariencias en todo momento.

Esto cobraba especial relevancia si había paseo de domingo, que solía terminar en un convite para todos los hermanos consistente en un platito de aceitunas que nos repartíamos ceremoniosamente, por número y tamaño, y una Mirinda para cada dos hermanos, también dosificada al mililitro. Solíamos competir por ver quién era el último que se comía sus aceitunas, de las que roíamos los huesos como hámsteres famélicos. No por hambre, vive Dios, sino por aprovechamiento de recursos.

Quizá por eso los de mi generación miramos a veces atónitos a los niños de hoy en los restaurantes, a menudo en centros comerciales, transportados en carritos blindados con llantas de aleación y depositados

con mimo en una trona previamente desinfectada, aparcados en un rincón de la mesa con su iPad tapándoles la cabeza, sin demostrar el más mínimo problema de conducta social y a los que el entorno les es absolutamente indiferente. Da igual que estén o que no estén. Y cuando por fin tienen que dejar sus pantallas para empezar a comer, miran a su alrededor como si hubieran sido teletransportados en ese mismo instante al lugar físico que ocupan, mientras su madre les mete en la boca una patata mojada en ketchup, y enseguida reconectan, vía glándula salival, con otro secretador de endorfinas que les mantenga en la órbita del placer inmediato.

Pero, volviendo a los parques de cuando éramos niños, no puedo dejar de hacer mención especial a esa especie de bola de peldaños, a la que nunca encontré sentido, en la que nos subíamos mientras se vaciaba alguno de los otros columpios, o ese tobogán de chapa, tamaño estación de bomberos, desde el que era imposible deslizarse con pantalones cortos sin que las piernas desnudas te hicieran de freno y terminaras cayendo de cabeza al suelo por la inercia, desde una altura de 2 metros. Sabiéndolo, nos tirábamos directamente de cabeza, con el jersey a modo de alfombra y yendo a caer sobre el consabido charco formado al final. Y quien no hizo eso alguna vez no fue un verdadero niño de los setenta.

Por no hablar del famoso tornado... Un trompo metálico que daba vueltas a la velocidad de la luz, impulsado por alguno de esos que llamábamos «mayorones» y en el que perfectamente podrían haberse desmayado astronautas de la NASA. Entrabas en Mach 3, se te desprendían los botones. Ahí es donde yo aprendí el poder de dispersión del vómito centrífugo de muchos recién merendados que osaron subirse a aquel tornado. Un solo niño vomitando encima del tornado ya alcanzaba para todo el parque.

El suelo era puro cemento, con suerte, y a menudo gravilla de la que terminabas por desincrustarte de las rodillas no pocas veces. De tanto raspón hemos salido los niños achatados. Si no había fuente, le pedías a algún colega que te chupase la herida de la rodilla antes de que lo viese tu madre y te mandara para casa.

Aunque al parque no iban tus padres: ibas tú solo o con tus hermanos. Recuerdo que a mi hermana pequeña la embutíamos en la papelera del

parque, con su añito y medio, para que nos dejara jugar, y ella lo observaba todo desde su palco improvisado, como una emperatriz romana mirando un torneo de gladiadores.

Gladiadores de parques, terraplenes, descampados de ciudades a medio construir, de los que salíamos exhaustos de diversión; envueltos en barro, cosidos a golpes, raspones, goteando a veces sangre de heridas de las que ni siquiera éramos conscientes y, sobre todo, revestidos de una infinita satisfacción, genuina, auténtica, incomparable con cualquier otro tiempo, en que rebosábamos compañerismo, amistad y vida por los cuatro costados.

Aquello nos caló tan hondo que, aún hoy, al reencontrarme con mis amigos de entonces no paramos de rememorar entre carcajadas aquellos momentos con todo lujo de detalles, como si acabara de ocurrir ayer mismo. Gran parte de mi generación conserva en su interior a ese niño, del tiempo en que descubrimos el verdadero sabor de la libertad, y en muchos casos aún nos sirve de guía.

El contraste es absoluto con las generaciones de ahora. Hoy nada es lo suficientemente seguro. El otro día llevé a mi sobrina al viejo parque al que iba yo a jugar cuando era niño. Me quedé impresionado con el cambio.

Los parques se diseñan a prueba de demanda judicial, absolutamente acolchados, con columpios de plástico con cinturón de seguridad, perímetro vallado en colores y padres con cascos de la ONU apostados en cada esquina. Es una nube de algodón con colorines en toda regla.

Mi sobrina quería patinar y empezó a sacar de la mochila un casco, rodilleras, coderas, tobilleras... Cuando terminó de ponérselo todo parecía un antidisturbios infantil. A esa niña le das un escudo y una porra y te disuelve una manifestación en menos de lo que canta un gallo. Casi como antaño, cuando nos sujetábamos con correas unos patines extensibles marca Sancheski y nos dejábamos caer cuesta abajo esperando que el propio destino se hiciera cargo de las consecuencias de semejante acto de fe. Y, aún no sé por qué, pero, por alguna razón, rasponazos aparte, terminabas frenando contra algo que nunca fue lo suficientemente duro como para descalabrarnos.

Está claro que la seguridad infantil de entonces no era la gran preocupación de Occidente. No hay más que ver cómo viajábamos en coche.

CÓMO PUDIMOS VIAJAR EN AQUELLOS CACHARROS

Porque en aquellos tiempos cualquier desplazamiento familiar en coche era una prueba de supervivencia que, si la superabas, te convalidaban segundo curso de contorsionismo y un máster de fe en la providencia divina.

Por lo pronto nos metíamos en un Seat 1500 motor Barreiros, hacinados atrás, en un asiento de escay en el que al sol se podían hacer barbacoas encima, de modo que según entrabas se te chamuscaban las pantorrillas. Porque, eso sí, de niño siempre ibas con pantalón corto, claro. Se conoce que nacimos en medio de una crisis mundial de tela para pantalones y no había para más.

Los cinturones de seguridad eran unos inservibles colgajos de tela con metal en el extremo que llevaban a los lados nuestros padres y de los que no recuerdo que nadie hiciera uso jamás.

Mi padre iba fumando sus ducados con las ventanillas cerradas y mi madre, de copiloto, llevaba encima a mi hermana pequeña, que de vez en cuando gateaba por el salpicadero.

Detrás, seis hermanos más nos íbamos turnando posturas, de culo adelante y culo atrás, mientras mi madre insistía en cantar «En la vieja factoría» como si no hubiera un mañana.

El coche era climatizado. El clima que había fuera era el mismo que hacía dentro: 40 grados fuera, 40 dentro.

Las carreteras de antes eran, más que otra cosa, orientativas de por dónde iba el camino. Si cogías un bache, del bote se te quitaba el jersey. Y esas curvas interminables, que al acabar no sabías si seguías yendo de frente o ya estabas volviendo.

A medio camino, mi madre se daba la vuelta y nos repartía bocadillos de tortilla de madre, es decir, tortilla de patata, calabacín, pimiento y lo que hubiera sobrado de la cena; boquerones, mismamente. Todo un manjar. Ibas comiendo los bordes y al llegar al pan ya estabas lleno. Intentabas aprovechar las rectas para dar bocados grandes, al límite de apertura de tu mandíbula, apretando el bocadillo con ambas manos como si le fueras a hacer el boca a boca a una tortuga. Luego ibas

masticando en las curvas, liberando una mano para mantener el equilibrio. Porque parar a comer en un viaje de cinco horas para recorrer 200 km no era una opción.

De repente, mi madre nos pedía que nos agacháramos al pasar cerca de un coche de la Guardia Civil, que por entonces eran unos señores con mostacho, tricornio y capa, en modo Darth Vader, que iban en un Renault 4 con una sirena en el techo desproporcionadamente grande.

Allí era donde nos sentíamos como verdaderos fugitivos de la justicia. Pero, por lo demás, no infringíamos muchas más leyes. Hoy, por la décima parte de lo que ocurría en cualquier vieja tartana familiar, a cualquier padre le quitarían la custodia.

LOS NIÑOS Y LAS VACACIONES

De niño las vacaciones duraban para siempre. Llegabas al pueblo, te soltaban tus padres y decían: «Que sea lo que Dios quiera». Y es que tus padres no podían imaginar un sitio más adecuado para soltar a sus hijos que en el lugar en el que ellos fueron niños. Era pisar el pueblo y se les reblandecía el rostro, aumentando el nivel de permisividad para con sus retoños hasta extremos inimaginables en la ciudad. De pronto ellos eran niños contigo. Te mostraban los árboles a los que ellos se subían, te narraban sus aventuras. En fin, eran otros.

Tú te ibas a las diez de la mañana y llegabas a las diez de la noche que parecía que te había atropellado un tren de mercancías. Te soltaban en la bañera junto con otros siete primos más, a cenar y a la cama. Y así los treinta y un días de agosto.

Éramos tantos niños que dormíamos tres en una cama. Y de las de 80 de ancho. No sé cómo lo hacíamos, pero cabíamos. En ese mes todo eran bocadillos. No había nada que no se pudiera poner entre dos panes. Si por lo que fuera un día no querías cenar, no pasaba nada, pero a la mañana siguiente la tenías de desayuno. ¿No desayunabas? Pues de merienda. ¿Tampoco? Pues de cena. Pero comer, te lo comías.

En mi caso y al criarme en el norte, teníamos fijación con lo de zambullirse en pozas de agua gélida, en las que las truchas nadaban con bufanda

y a las que les habían puesto desde antaño un nombre supertranquilizador, del tipo «la Poza del Despeñado» o «el Charco de los Ahogados», cualquiera de ellas repletas de serpientes, avispa y tábanos, y de las que salíamos con los labios amoratados, al borde de la hipotermia.

De socorrista hacía el tío Eladio, que no sabía nadar. Seguridad no daba, pero le hacía ilusión vernos. Era difícil aguantar más de cinco minutos en el agua, pero el que no se metía no obtenía el respeto de la tribu durante todo el verano. Era como un estigma que te perseguiría día tras día. Te lo tenías que tomar como un ritual de autosacrificio ineludible. Otro día sería subir a la copa de un árbol, o trepar al tejado agujereado de las ruinas de una casa vieja, o comer moras verdes sin exteriorizar gesto alguno por la casi insoportable acidez.

Lo cierto es que llegabas el día 1 y casi al día siguiente ya era 31. Volvíamos a la ciudad como en un coche fúnebre. Por entonces ya pensaba que no podía haber peor injusticia que el paso del tiempo. Sobre todo cuando ese tiempo había estado empapado de felicidad por los cuatro costados. Hoy, cuando llego a los mismos ríos en que me sumergí de niño, agradezco infinitamente que el paso del tiempo no haya mancillado ni una sola arista de las rocas que pisábamos y el torrente de la cascada siga manando exactamente como yo lo recordaba, en un entorno imperturbable, rebosante de vida, ajeno a relojes y cambios, anhelante de recibir a nuevas generaciones de chavalines que quieran medirse en estado salvaje. Es ahora cuando entiendo la enorme importancia y el hermoso privilegio que fue para mí haber tenido una infancia tan feliz.

Ser niño hoy en día es cada vez menos habitual. No se les oye jugando en las calles. Al ritmo que avanza la vida no es fácil mantener a un bebé. Y es que, según leí hace poco, en España hay más perros que niños. Antes eran mascotas, ahora son parte de la familia, si no la única familia, y ya no es raro ver a perritos de diseño, con delicado pelaje y gesto perdido, paseados en carritos de bebé, cada vez más pequeños y a la medida del consumidor. Cruces inauditos de perro con estantería, perro con llavero...

Las calles de Madrid en verano huelen permanentemente a pis de perro. Es un hecho.

Yo tengo un perro heredado, Bai, ya con diecisiete años, pero que es como un abuelo con siete cafés. No para. A su ritmo, pero no para. Le faltan todos los dientes, apenas oye y es tuerto de un ojo, así que al bajar a la calle siempre gira hacia el lado por donde puede ver, con lo que nos pasamos la vida dando la vuelta a la misma manzana. Pero es todo estímulo. Para él la vida es como jugar al *Fornite* en un Spectrum de casete de los ochenta. Lo da todo, pero no se le puede pedir más.

Cuando yo era niño aún era normal ver perros callejeros deambulando libremente por la ciudad. Perros sin collar hurgando en basureros, o sencillamente caminando entre la muchedumbre sin que nadie se extrañara demasiado por ello. Por lo que sea, vamos prefiriendo tener al mejor amigo del hombre en casa que plantearse una descendencia que nos perpetúe un poco. Algo nos pasa.

— EL MÓVIL —

Faltaba mermelada. Y si para el desayuno dispones del mejor pan de hogaza de masa madre, recién traído de Cantabria, y no lo combinas con la mejor mermelada de arándanos que puedas comprar, no mereces llamarte cántabro.

Para mí es así de simple. En cualquier caso, después de ver algunos vídeos en TikTok, cogí la cazadora, la cartera y bajé rápido al súper. Por si acaso, también compré más mantequilla mientras pasaba de largo —he de reconocer que con cierto desprecio— por el pasillo de los insípidos panes de molde, que de masa tienen poco y de madre, me temo que jamás la conocieron. En la caja la cola daba la vuelta al pasillo de los congelados. Las colas aleatorias (ahora las llaman *random*) a menudo se forman al capricho del cliente al que le toca esperar en la primera esquina y que, según disponga su cuerpo, hace que el siguiente espere

tras él en esa dirección. Y, así, unos días la cola da la vuelta al pasillo de congelados y otros serpentea entre las estanterías de galletas.

En la cabecera de la cola, la familia Imprevistos García ha decidido reponer la despensa ante un posible ataque extraterrestre que les impida volver al súper en los próximos siete años y se dispone a dar cuenta de tres carritos rebosantes de alimentos para su regimiento, que continúan llenando mientras les van cobrando, enviando a sus retoños a los diferentes pasillos en modo comando *in extremis*.

La cosa va para largo y hay una sola cajera, pero nadie protesta. Pacientemente, cada cual saca el chupete con pantalla y se atrinchera en su propia burbuja, ajeno al espacio y al tiempo. Yo hago lo propio, aunque al echar mano al bolsillo compruebo que me lo he dejado en casa. Entonces, un sudor frío cibernético me recorre el cuerpo. De pronto soy un diabético digital sin su inyección de insulina. No creo que sea capaz de soportar dieciocho clientes con sus carritos sin el entretenimiento que me tienen pautadas mis glándulas hormonales. Pese a todo, respiro y trato de mantener la calma, absolutamente envidioso del resto de los mortales que me rodean, que ya flotan a cinco centímetros del suelo entre divertidísimas ráfagas de TikTok.

En ese momento recuerdo que no hace tanto yo era un ser libre y analógico, y que he vivido mucho más tiempo sin móvil que con él. De niño, cuando había que esperar en una cola, sencillamente observabas el entorno, te abstraías, jugabas con tu hermana a hacer muecas...

Ahora, sin móvil, observo a mi alrededor casi como un espía de la realidad B, esa que permanece aburrida e inmutable casi todo el rato, y yo actúo como una especie de demente que posa la mirada en lo que le rodea, casi acomplejado por mi desaprovechada libertad.

Trataba de recordar la última vez que estuve esperando de pie para algo sin el móvil en las manos y no era capaz de recordarlo.

Tampoco recordaba ya la última vez que fui al baño con una revista en las manos, aunque sí recuerdo que, de niño, a falta de revistas, a veces leía el bote de champú, comparando los diferentes idiomas de la reciente Unión Europea en que venían los ingredientes. Recuerdo que champú en griego se dice *sampouán*. Y que si algún día iba a Grecia no me confundiría ya con el gel.

Pero allí en mitad del súper, yo era el de la inconexión.

Aun así, salí de allí extrañamente reconfortado por mi gesto de valentía al enfrentarme yo solito al bochornoso tedio de vivir la realidad analógica y recalcitrante que se cernía sobre mí, convertido en un triste y posiblemente único exponente de materia orgánica, rodeado por un enjambre tecnológico.

Incluso los trescientos metros que me separaban de nuevo de mi casa fueron una nueva aventura sobre la jungla de asfalto, sabiéndome ilocalizable para cualquier satélite, ni llamada, mensaje o señal.

Si en esos momentos me hubiese dado un infarto, quizá me habría desplomado con estrépito y, sin poder echar mano de mi móvil, sería como el árbol solitario que cae en el bosque inhabitado. Nadie se daría cuenta del ruido, amortiguado por los decibelios de la ciudad, y las miradas de la gente, concentradas en las pantallas de cada uno de sus móviles, ignorarían mis estertores. O, peor aún, simplemente me tomarían por un vagabundo más, pasado de alcohol, al que esquivar en las aceras.

De haber tenido más suerte, supongo que al llegar a casa mi mujer me habría abrazado como al recién llegado de una dimensión oscura, y habría metido de nuevo en mi bolsillo mi teléfono móvil, reventado de mensajes y súplicas de respuesta inmediata. Sería un héroe. Un superviviente. Un osado viajero de las dimensiones desconocidas sin timón ni brújula.

Pero no pasó nada de eso. Al llegar me preguntaron que si había comprado yogures. Tuve que volver de nuevo al súper, pero esta vez con el móvil. Y automáticamente dejé de pensar en tonterías y, en general, dejé de pensar.